

11 DE AGOSTO DE 1879.

Madrid.

Un extranjero que hubiese estado ayer mañana a las siete en la estación del camino de hierro del Norte, hubiera dicho:

—Veo que en Madrid se siguen las mismas costumbres que en las poblaciones cultas de Europa: los domingos todo el mundo abandona la capital y se traslada a los pueblos cercanos para descansar de las tareas de la semana.

Y se hubiera asombrado del inmenso número de gente que tenía tan saludable costumbre.

Si hubiera permanecido allí, su admiración hubiera sido mayor todavía... porque a un tren se hubiera sucedido otro tren y podría haber calculado que estos trenes llevaban fuera de Madrid siete u ocho mil personas.

Nada menos.

Este extranjero hubiera formado una alta idea de la ilustración de un país donde tantos miles de personas hacían un viaje para ir a visitar un grandioso monumento—porque claro es que para un extranjero en el Escorial no hay mas que un edificio; que es a la vez templo, palacio, monasterio y sepulcro.

Pero si hubiera felicitado a cualquiera de los viajeros por sus sentimientos artísticos, éste le hubiera dicho: yo no voy al Escorial por ver la octava maravilla, sino por ver la novena que lo será sin duda la corrida de novillos que hoy en honor del patron del pueblo debe celebrarse.

Y dicho esto, rápidamente hubiera echado a correr y hubiera procurado tomar el tren por asalto.

Única manera, en efecto, de poder ocupar un asiento en él. Se conquista un sitio en el tren a fuerza de puños. El espectáculo que ofrece la salida de estos trenes baratos, tiene el aspecto de una epidemia.

La multitud llega a la estación con el recelo de si se quedará a pie ó de no partir en el primer tren.

No saben formar cola; no han adquirido aún esta costumbre; y puede cualquiera figurarse que son algunos cientos de españoles—y de españolas—que tienen que esperar turno.

No pueden estar quietos; a cada instante se desprenden de aquel cordon viviente para ir a conversar con un amigo y luego quiere volver a ocupar su antiguo puesto: todos gritan a un tiempo, todos se empujan, se codean, se desviven y claman contra los empleados, la empresa y el gobierno. Todos miran el reloj y quieren detenerle con la mirada. ¡Estos relojes de estación son unos verdugos implacables que parecen reírse de nuestra desesperación! Y la gente llega incesantemente con los, con botijos, casi todas las mujeres con alguna cesta que contiene provisiones y casi todos los hombres con la bota colgada a la cintura ó echada a la espalda.

Muchos vienen formando comparsas que tañen alegremente bandurrias y guitarras, y es grande el número de cazadores seguidos de los inquietos perros.

Esta multitud que espera ser feliz durante algunas horas, es remitida por cargamentos al Escorial. Los coches parecen jaulas de locos... Con el movimiento del tren empieza el delirio, el palmoteo, los rugidos de placer... Las orquestas suenan, los bastones acompañan la música formando cadencia: la bota empieza a correr de mano en mano como un elixir de la alegría y como inspiradora también de escándalos y crímenes.

Cada tren lleva dos locomotoras y forma una línea dilatadísima: un poco de vapor de agua encerrado arrastra esta enorme cantidad de coches; un poco de vapor de vino suelto inspira tanto estrépito y gozo... ¡Parece el tran de la locura que va al infierno!

El Escorial... Hemos llegado ya: hé aquí la parrilla colosal de piedra que parece dispuesta por Felipe II, como si quisiera tostar en ella la herejía de su siglo...

Subamos la cuesta áspera y siniestra que guía hasta la mole veneranda.

Todo es grandioso, pero frío: todo es sencillo y severo.

Mirad esa magnífica portada; la piedra de las jambas y dinteles son de una pieza, y el guía del monasterio os dirá que han sido necesarios cuarenta y ocho buyes para el arrastre de cada una: son una veta entera de una montaña; y no son la montaña misma, porque no se encontraron sin duda bastantes buyes para trasladarlas.

Los templos góticos no empuñan la figura del hombre. Los mil detalles de sus columnas, de sus arcos, de sus frisos y sus cornisamentos, relación y unen, por así decirlo, al edificio con el hombre.

Pero los templos como el del Escorial destruyen toda comparación: la nave se prolonga sobre sus cuatro gigantes pilares; la cúpula se alza sombría é inmensa y el hombre bajo ella queda perdido, aniquilado, invisible, como la araña que corre por las paredes y que anida en las grietas de sus mármoles ó de sus bronce.

La catedral de Toledo es un templo católico; pero la basílica de San Lorenzo, conser la obra del rey mas católico de los siglos, me parece un templo protestante.

La gente, arrojada en aquel peñasal por el tren, se ha dividido.

Parte se esparce por los alrededores con objeto de buscar un poco de sombra y pasar simplemente un día de campo.

Parte visita el monasterio y quiere que le enseñen y le expliquen todos los cuadros, y besar las 7.422 reliquias—entre insignias, casi insignias, menores, pequeños, cuerpos enteros, tabeas, canillas, etc.; ó leer los Evangelios escritos en letras de oro en el siglo xi, el Apocalipsis del siglo xiii, el Korán ó los 40 brevarios desde el siglo x al xvii...

Parte, en fin, y esta parte es casi todo el to-

do, se dirige al circo taurómico. Así lo anuncia claramente el inmenso alarido que de cuando en cuando sube hasta el cielo.

En vano Felipe II buscó un sitio agreste y solitario y ocultó entre peñas el panteón de los reyes... Las fabricas, las fondas, las quintas, una colonia de verano, una irrupción periódica y frecuente de muchedumbres alegres se han alzado en torno del inaccesible monumento.

Así el tronco viejo se cubre alguna vez de vastagos trepadores que florecen con campanillas blancas y azules, y las mariposas vienen a él y en él los pájaros anidan y cantan.

Estas ligeras observaciones ocupan hoy el sitio que corresponde a noticias mas variadas e interesantes.

Pero pensad en que para que una crónica tena a verdadero carácter madrileño, es preciso que no hable hoy de lo que pasa en Madrid.

Dos reflexiones hacia yo ayer mañana cuando veía marchar los trenes repletos de gente, gente artesana en su casi totalidad:

Que ir por ferro-carril, aunque se vaya a una plaza de toros, es ir por el camino de la civilización.

Y que en Madrid, para divertirse, jamás faltará humor, tiempo y dinero.

En lunático.

Noticias bibliográficas.

Guía para los reconocimientos de viveres, por el Dr. D. Manuel Corrochano y Casanova. —Un volumen de 442 págs.—Madrid.—Baillly-Bailliere.—1872.

Hoy que tantas falsificaciones tenemos que lamentar en las sustancias alimenticias y que tan difícil es reconocerlas por los medios eminentemente científicos que se emplean para llevar a cabo estos fraudes, viene a llenar una verdadera necesidad este libro, en el cual se explican los medios mas fáciles y expeditos para descubrir estas adulteraciones. El señor Corrochano dedica especialmente su obra al reconocimiento de los viveres destinados al ejército y a la armada, que adquiriéndose en grandes cantidades a la vez, y debiendo pasar por la inspección de algunas personas facultativas se prestan mas fácilmente a ser ensayados que los que se destinan al consumo vecinal de las poblaciones; pero bien se comprende que tiene posible y útil aplicación a los hospitales civiles, asilos de mendicidad, cárceles etc., así como tambien al reconocimiento de los vinos, ya en las bodegas, ya al hacerse compras considerables.

La obra del doctor Corrochano tiene además de su utilidad y de su mérito científico, la atendida circunstancia de ser la primera de esta índole que se publica en nuestro idioma, y de haber recogido y compilado en ella una porción de métodos de ensayo y analisis, dispersos en diferentes libros y publicaciones periódicas extranjeras, de haber simplificado y aclarado algunos de ellos y de haberlos expuesto con un orden que hace mas fácil la consulta de la obra en cada caso particular.

Es sensible que el Sr. Corrochano haya limitado su estudio a tres solas sustancias: el agua, el vino y las harinas; pero en realidad son las principales por ser de un uso universal, y aun de lo dicho para las últimas, pueden sin dificultad las personas algo versadas en la química, deducir medios de ensayo para muchas legumbres y otras clases de alimentos empleados en los cuarteles, casas de corrección, establecimientos de beneficencia, etc.

La impresión, hecha en casa del Sr. Tello, es esmerada.

Otras publicaciones.—La biblioteca científica de Sevilla ha dado a luz recientemente dos nuevas obras, que vienen precedidas de la noticia de un éxito completo y del aplauso con que la opinión sabia del mundo entero acoge los trabajos de sus ilustres autores. Esas obras son *La verdad y el error en el darwinismo*, por Eduardo Hartmann, traducido de la última edición alemana, por M. Sales y Ferré, y *El sol*, por el P. Secchi, traducido por D. Angelo García de la Peña.

El tomo quinto de la *Waldhalla y las glorias de Alemania*, de D. Juan Fanstenrath, contiene estudios interesantes sobre los satíricos alemanes del siglo xvi y los poetas germanicos del siglo xvii, sobre Bertoldo de Ratibona, Teofrasto Paracelso, Copérnico, Schwartz y otros. Algunos hechos recientemente ocurridos en el imperio alemán, dan tema al señor Fanstenrath para varios de sus artículos. España, nuestros héroes y nuestras glorias, tienen que agradecer al hijo adoptivo de Sevilla, en ese tomo como en los anteriores, el entusiasmo, la admiración que les tributa.

El *Traductor francés* es una colección de obras en prosa y verso escogidas entre las mejores que constituyen el tesoro clásico de la literatura francesa para servir a los alumnos que estudian el idioma de nuestros vecinos, por el ilustrado filólogo D. Francisco García Ayuso.

FRANCISCO DE ASIS PACHECO.

El manicomio.

Carcel sin criminales, hospital sin quejidos ni lágrimas, cementerio sin muertos; todo esto es un manicomio; un cancerbero de la desgracia; unas tres grandes bocas aprisionan los tres dones que mas aprecia el hombre, la esperanza, la libertad y la razón. Carcel, porque en el manicomio sujeta a los desgraciados locos el legítimo y natural deseo de evitar desventuras; hospital, porque allí se busca la curación de las mas terribles y dolorosas de las enfermedades, cementerio, porque es el cementerio de la inteligencia. Si, como creemos, hay otra vida, el manicomio es mas triste que el cementerio. En el manicomio está enterrada la razón, que es el alma, el cuerpo vive: en el cementerio está enterrado el cuerpo, pero el alma vuela por las superiores esferas divorciada del maridaje mortuorio con la materia. Las puertas del cementerio para los que miran la vida como una preparación de la muerte, son la antesala de la gloria; las del manicomio guardan un abismo sin fondo, la noche eterna.

Las sociedades tienen conciencia de la justicia, pero esclavos del error, pocas veces son justas. Pretenden disculpar su olvido del presente con los honores y la fama en el porvenir, y no se avergüenzan de hacer de la pobreza el sepulcro de muchos genios. En cambio para los locos tienen todo género de atenciones. ¡No es extraño! Cuentan de un banquero que temiendo la ruina, pensaba solo en hacer donaciones a los asilos de beneficencia por si alguna vez velase obligado a refugiarse en ellos. Pues bien: la sociedad está tan cerca de la locura, que bien se justifica que quiera levantarla monumentos.

Al traspasar las puertas del manicomio se siente un terror invencible. Parece que se deja uno fuera la razón, como al entrar en una cárcel se mira con cariño a la calle temiendo haber dejado en ella la libertad. Las puertas del manicomio se abren al hombre como el mar al suicida; de éste no se siente otro ruido que el chocar violento del cuerpo en el agua; de aquel el ruido de los goznes de la puerta que gira chirriando; las aguas y la puerta se cierran, y nada, silencio profundo; un hombre muerto.

Hay algo mas terrible que perder la libertad, y es perder la razón. Solos, difícilmente nos atreveríamos a entrar en un manicomio; es preciso mirar a los cuerdos que nos acompañan para no enloquecer. El contagio es inevitable. Los ojos de los locos son el inan de la locura; la vaguedad que aquellos ojos retrata un abismo sin fondo que nos produce el vertigo de que desesperadamente pretendemos huir.

Sin embargo, en el manicomio no es todo locura; por el se pasea la razón de la fuerza en la figura horrible del loco. Ha entrado como en la sociedad el despotismo, a vergajazos. El sistema de la reacción impera por completo. Se quiere lograr por el terror lo que no es posible conseguir por la persuasión. ¡Intilí desol! Los locos no dejan por el castigo su locura; la disimulan, y con el disimulo la agrandan.

Los locos, cabizbajos, tristes, sombríos, paseando por las estrechas galerías del manicomio ó por el bien cultivado jardín que de recreo les sirve, mas que seres vivientes parecen fantasmas que han tomado la figura del hombre. ¡Contraste singular! En el manicomio se premia a los que callan y en el mundo se enaltece a los que gritan. ¡Cualquiera creería que estábamos locos nosotros y no los que por locos tiene el mundo!

Tanto es así, que para creerlo mas no hay sino visitar a los locos y oírlos sus extrañas manías. En el manicomio se ven ministros que sólo piensan en repartir credenciales a los hombres de talento y que se arruinan por el bien del país; diputados noveles que pronuncian elocuentes discursos; hombres políticos que no tienen mas que una opinión; académicos sabios; banqueros caritativos; autores dramáticos sin envidia; mujeres que no se olvidan de sus promesas; literatos ricos; escribanos tontos, amigos fieles y médicos que han descubierto la vida eterna.

Hay que visitar un manicomio para comprender bien la sensación extraña que la vista de un loco nos produce; sensación que es una mezcla del terror y de la compasión infinita, que a la vez nos aparta del desgraciado idiota y hace asomar las lágrimas a nuestros ojos. Cuando un loco nos siente pasar cerca de él, levanta la vista, fija un momento en nosotros sus errantes ojos, los vuelve a bajar, y continúa en la actitud en que le sorprendió nuestra presencia. Para aquel loco no somos nada. Es la ignorancia, que al sentir el aliento del genio, le mira indiferente, si es que no se alana en perseguirle.

Al manicomio se va por muchos caminos. El dolor terrible, la lucha violenta de las pasiones, la felicidad inesperada, la ambición desmedida, el eterno soñar y el amor impetuoso, son otras tantas sendas que conducen al manicomio. En él se entra fácilmente. ¡Cuán difícil es salir!

El manicomio seria una comedia, si no fuera una tragedia terrible. Apartadamente es allí completa la felicidad. No se oye para nada el llanto; no se oye mas que la carcajada, carcajada cuyos fatídicos ecos no logran turbar la loca alegría del mundo.

El manicomio es la realidad terrible de muchos amores soñados y de muchas desgracias dadas; es el asilo de algún genio y el castigo de algunos malvados; para unos el principio del olvido, para otros el término del remordimiento; para todos la muerte del alma.

MIGUEL MOYA.

La última nota.

No hay escuela filosófica que cuente con tanto número de afiliados, ni secta que pueda registrar tantos méritos como el amor propio. Entre todas las debilidades del hombre esta es, sin duda alguna, la mayor y la mas extendida en la especie.

Esto me decía no há mucho tiempo un maestro compositor de música, español, cuyas partituras no solo son populares en nuestra patria, sino que han tenido la fortuna de traspasar los Pirineos y de ser muy aplaudidas en Francia, Italia y en otras naciones. Y como demostración de su aserto, me refirió la siguiente historia que yo tomé por leyenda, pero que él me aseguró ser relato verídico.

Ello fué que en un pueblo del antiguo reino de Nápoles vivía no ha muchos años un lord inmensamente rico, acompañado de su hija, tipo espiritual en cuyos ojos azules parecía transparentarse el cielo de su alma.

Isabel era el ángel y la voluntad de la casa; lord Melvil había abdicado completamente en su esposa la dirección y gobierno de la familia, y al perder a tan querida condesa, su hijo había heredado, con los inmensos bienes que aquella poseía, el mando en jefe de la casa.

Harto discreta para conocer el carácter de su padre, respetaba sus horas, sus días de *spécies* que lord Melvil dedicaba generalmente a tocar el violín, permitiéndose de cuando en cuando Isabel adular la ejecución del artista en el arte de Paganini.

Este era el mejor, el mas legítimo testimonio de cariño que pudiera darle su hija. En labios de persona extraña hubiera parecido tal vez una burla sangrienta, no porque él fuese opinión de no merecer elogio, sino porque era natural a este malicioso y desconfiado. Pero su hija no podía engañarle, y su hija era artista de corazón; sentía el arte y amaba la belleza.

Cuando Isabel dedicaba alguna lisonja a la maestría de lord Melvil, éste debía juzgarla como justa y desapasionada.

La pasión que había comprado lord Melvil a la muerte de su esposa, y al que había trasladado su residencia en unión de su hija, única familia que le quedaba, era un templo del arte en todas sus manifestaciones. Isabel había crecido en aquel recinto inmensas maravillas de varias épocas, de diversas escuelas y de notables autores.

Allí todo era artístico, menos los solos de violín del propietario. ¡Pobre hombre! ¡Cuánto hubiera dado él por asombrar al mundo musical, por recorrer las naciones de Europa ofreciendo conciertos, aun cuando fuesen gratuitos, por el solo é inapreciable gozo de verse aplaudido admirado por los *dilettanti* de todos los países civilizados!

Esta idea no se borraba de su imaginación. Pensó en llamar a un profesor que le perfeccionase en el violín, pero temía que el mismo que le enseñase participara a la sociedad filarmónica de Nápoles que lord Melvil estaba aprendiendo a tocar el violín, y este temor le detenia.

Así las cosas, ocurrióle buscar un secretario; el que le prestaba este servicio había envejecido sirviendo a la familia del lord, y había muerto hacia pocos días.

Puesto que necesitó un secretario, exigió a los pretendientes que entendían de música, que lo demás es fácil de aprender.

No tardó mucho tiempo lord Melvil en ver cumplidos sus deseos: algunos días después de publicar el inglés el anuncio en la prensa italiana, se le presentó un aspirante; era un joven de hermosa figura é inteligente fisonomía, con tanto artístico, modales distinguidos y dulce carácter: escribía perfectamente, poseía alguna ilustración y era un artista; tocaba el violín regularmente, según dijo en su presentación a lord Melvil.

Apenas oyó esto nuestro inglés llamó con precipitación a un criado y mandó que le trajese uno de los violines del *repertorio*, y por si el criado cometía alguna indiscreción o tardaba mucho tiempo en volver, salió el mismo de la habitación, suplicándole al joven desconocido que le dispensase por algunos segundos.

No había transcurrido quince, cuando volvió a entrar en la sala con un magnífico violín en la mano.

—¡Stradivarius! exclamó el joven en cuanto le vió.

—Es verdad, afirmó el inglés con cierta alegría y sorpresa a un tiempo.

—Tengo uno igual, añadió el joven con sencillez.

—¿Igual a este? preguntó con extrañeza y un tanto mortificado en su amor propio lord Melvil.

—Del mismo autor, pero mejor conservado.

—Podrá ser, contestó el lord procurando ocultar su disgusto y añadiendo para sí: ¡Estos pobres son tan ridículos!

La prueba fué un verdadero examen, un concierto. Lord Melvil, ébrio de júbilo, llamaba a voces a su hijo y abrazaba al desconocido.

—Ven, Isabel, ven—gritaba—¡somos felices! es decir, ¡soy feliz!... no, bien había dicho, porque mi felicidad es la tuya, y tú te regocijarás cuando lo sepas, y tú te entusiasmás cuando lo oigas... ¡Hija, toca mas que yo... por lo menos tanto.

La joven miraba con asombro a su padre y como temerosa de que se hallase su razón extraviada.

Momentos después, el desconocido repetía una de las piezas de la obra de la hermosa hija del lord.

Pero en las melodías había mas dulzura, mas expresión en las notas, mas inspiración en las frases musicales que llegaban en toda su fuerza al corazón de Isabel.

—Es cosa original—repetía estasiado lord Melvil—ahora suena mejor que nunca y...

La joven felicitó al profesor cuando terminó la ejecución de su obra.

Después del triunfo artístico, exausado es decir que quedó admiado como secretario de lord Melvil, y maestro de violín; pero este último, como la mayor reserva.

Y quedó así admiado con otro cargo que no había de desempeñar por el interés de la remuneración material es dinero; otro cargo mas elevado, mas digno; quedaba casi admiado en el virginal corazón de Isabel; pero esto no lo sospechaba el lord, ni él, ni quiza tampoco ella. Estas cosas se sospechan tarde, y a veces cuando las sospechas se convierten en evidencia, suele ser tarde para poner remedio.

Angel, que así se llamaba el joven artista, era huérfano y había vivido en Roma, su patria, bajo la tutela de un tío, eclesiástico de no muy alta jerarquía, pero sí de conocido talento y amor al arte. Deseara el muchacho ir en busca de nuevos horizontes, y la muerte de su tío le obligó a buscar un medio con que atender a sus necesidades: el anuncio de lord Melvil le ofrecía un porvenir, y hallándose en Nápoles, acudió a solicitar el puesto de secretario.

A partir desde aquel día, Angel era considerado como un individuo de la familia; vivía en el pabellón de lord Melvil, quien le enseñaba las virtudes, las raras prendas de Isabel, su belleza, como si nada de eso hubiese merecido el muchacho para amar a la hermosa oritara.

El mismo trabajo ocupaba al lord al hablar con la hija del profesor, que así le denominaba; no parecía sino que el buen padre procuraba quedarse sin su hija ó ganarse un hijo mas a Angel. Poner letra en el fuego es mentar el incendio, y en asuntos de amor pueden tanto las conversaciones en ausencia de la persona querida, referentes a ella, que aun las malas ausencias suelen convertirse en provecho del que es asunto de la censura ó de la calumnia.

No necesitaban tanto los muchachos para llegar a inspirarse tanta simpatía; después de unos pocos, pero ardientes, apasionados, Isabel no había espantado a nadie tan dulce afecto, y sabido es que los primeros amores de un corazón virginal, son tan tiernos, tan apasionados, que es inútil en el curso de la vida buscar otra pasión que los iguale.

Desde el primer momento había encontrado la joven en el secretario el tipo ideal de sus sueños: la imagen vaga, indefinida, sin contornos ni color, había tomado forma, y por cierto muy superior a la que convencionalmente pudiera dársele la fantasía de la hija del lord; esta fué desde que vio al artista la opinión de Isabel.

Y como en estos casos, lo único que es preciso para que los pensamientos se traduzcan en palabras, y las palabras en acciones, y los ensueños en realidades, es la ocasión, y no había de faltar a los enamorados, puesta que vivían bajo el mismo techo, no tardaron mucho tiempo en llegar a comunicarse sus íntimos afectos.

Lord Melvil había pensado en reunir en una misma persona los cargos de secretario y profesor; pero no pensaba en el de yerno. La casualidad reanó los tres.

No llegó a sus noticias tan pronto como puede suponerse, el mútuo amor de los jóvenes; pero no permaneció oculto por mucho tiempo, como puede tambien suponerse; estos afectos convierten a los *atacaos* en instrumentos imprudentes de la publicidad que huyen, y el lord se apercebió de lo que ocurría ó de lo que pudiera ocurrir, a tiempo de evitar consecuencias desagradables; pero no de contener el torrente de la pasión.

Lejos de enfurecerse, como los jóvenes temían, pensó en el arte, y su orgullo y su cariño paternal se detuvieron ante la consideración de llegar a ser un verdadero profesor de violín con las lecciones de su secretario. Tomó sus medidas para evitar, en cuanto fuese posible, cierta intimidad y holgura que para verse y hablarse habían tenido los enamorados, y esto, con tauto y discreción, de manera que ellos no se apercebiesen y todos viviesen estasiados.

Sea yo, andando el tiempo, un Paganini ó algo menor y luego ya veremos lo que hago en el asunto de mi hija. Lo malo será que para entonces mi pobre Isabel no podrá resistirle a obedecerme... pero ¡ah! es joven y viajando, olvidará esos amores.

Un suceso inesperado llegó a favorecer los proyectos de los amantes y a decidir de su fortuna.

Acababa de llegar de Nápoles el príncipe heredero de Italia y varios personajes: lord Melvil, que fué a saludar al príncipe con cuya amistad se honraba, creyó deber de

amistad y galantería obsequiarle con un banquete en su magnífico palacio. Aceptó el príncipe muy gustoso la invitación del acudido y distinguido lord y quedó convenido que al siguiente día asistiría al banquete.

Repartió lord Melvil invitaciones a los principales personajes de Nápoles y todo se dispuso convenientemente.

—Buena ocasión!—pensaba—para lucir mi maestría en el violín, pero el caso es que si luego me ocurre lo que me el concierto que di hace un año...

No lo olvidaré jamás! aquella imprudencia me obligó a romper mis relaciones de amistad con medio Nápoles, como rompió con la Gran Bretaña.

Lord Melvil había sufrido dos desengaños horribles en otros tantos conciertos en que había obsequiado a sus amigos de la buena sociedad londinense y a varios napolitanos. En una y otra ocasión observó que ejecutando piezas delicadas y dramáticas, los ancianos se dormían y los jóvenes reían a carcajadas.

—Pero ahora no es lo mismo—pensó—tengo a mi lado un profesor, y yo... yo no soy lo que fui: hoy todo de otra manera, hoy puedo lucirme.

Esta monomanía de lord Melvil, en otro que no fuera hijo de Inglaterra, hubiera bastado para que le sujetasen a observación, por lo menos, pero en caso análogo se encontrarían algunos miles de individuos en la oscura Albania.

El monomaniaco llamó a su secretario, y encerrándose con él en su despacho, le dijo sin mas preparación:

—Angel, lo sé todo.

Al oír estas palabras de melodrama, el joven se estremeció: adivinaba el todo y se consideraba desdichado, separado para siempre de ella, de su amor, de su vida.

—Tranquilízate, lo sé todo.

No podía casar en su imaginación Angel aquella tranquilidad con el descubrimiento de su delito, que para un lord debe ser hasta un delito enanorarse de su hija a cualquiera, sin posición, sin derecho al amor, suponiendo que éste fuera derecho legítimo.

—Estoy resuelto—continuó lord Melvil—haceros felices: sé que os aís, no me importa lo demás; pero una sola condición te impongo.

—¿Será el marido de mi hija, si mañana me haces feliz?

—Siquiera como tú; y a saber que tengo que obsequiar a mis invitados: ésta es mi condición.

Poco le faltó a Angel para caer en sentido: aquello era tanto como expulsarle de la casa; pero no era posible negar al padre de su Isabel que tocaba como un profesor, sin exponer la felicidad que le prometía.

Sin embargo, no habían de oír su gimnasia de violín personas a quienes pudiera suplicarse la indulgencia, y si Angel consentía que iba a pasar allí?

Durante algunos momentos vaciló; después, instigado por su amor, respondió:

—Si mi amor me promete regir en los mas pequeños detalles como en todo mis consejos, respondo de ello.

—En absoluto; manda y te obedeceré como tu discípulo, pero que además te honrará presentándote al príncipe y a todos mis amigos y demás personas invitadas. ¿Esta convenido?

—Convenido.

La noche y la hora indicada llegaron: el concierto que tuvo buen cuidado de anunciar a todos y cada uno de los convidados lord Melvil, había de celebrarse en un elegante salón cerrado, dispuesto para el objeto; pero en el frente del sitio que debían ocupar los convidados, había una puerta, cubierta con una elegante y riquísima tapizada de damasco azul con oro.

Allí debería colocarse el concertista, según disposición de Angel.

—Es una diablura—decía el lord—¡vaya un tornavoz que me preparas! ¿no ves que se perderán las notas?

—Pues eso es lo que quiero, que se apague; los sonidos serán mas dulces—replicaba el joven, sin saber cómo justificar su disposición.

Hízose todo a gusto de Angel, y el concierto fue brillante: hablando después con su hija, el mismo lord Melvil declaraba con franqueza que, aunque se conocía bien, nunca se hubiera tasado en tanto precio.

El príncipe salió entusiasmado: las damas saludaban con entusiasmo a nuestro lord, y muchos personajes le abrazaban: el heredero del trono de Italia le aplaudía que intentase al monarca para otra reunión, ó que desde el momento se dignase aceptar invitación en su nombre para Roma, en cuyo palacio regiría seria oído con entusiasmo.

Fue inútil que lord Melvil tratase de presentar a su maestro y secretario: había desaparecido.

Cuando volvió a presentarse en la casa, el artista improvisado le abrazó con efusión.

Pocos días después, la hija de lord Melvil era la esposa de Angel.

Pensó lord Melvil en acudir a Roma; había recibido especial invitación del monarca para ello, y quiso que le acompañase su nuevo hijo; pero una enfermedad repentina le impedía complacerle, y el lord se dispuso a acudir solo.

Cuando Angel lo supo, saltó del lecho y envió a detener a lord Melvil.

—¡Hola!—exclamó este sonriendo—¡celos de artista, eh? no temas, que yo declaro siempre a quien debo lo que soy agradecido y...

Angel no se atrevía a hablar, y no sabía qué pretexto alegar para detenerle.

Por último, la confesión fue necesaria.

—Pues bien, le digo, aquella noche, perdonadme, quise salvaros y lo conseguí: el arco de vuestro violín estaba impregnado de grasa, y las cuerdas habían sido reemplazadas por otras, para que no produjesen sonidos.

—¡Cómo! exclamó con terror el viejo...

—Detrás de la cortina tocaba yo uno de vuestros Stradivarius.

—¡Miserable! rugió colérico el inglés, me engañaste.

—Quise salvaros.

No habían transcurrido quince días, cuando se vio atravesar las calles de Nápoles un cortejo fúnebre que acompañaban multitud de personas distinguidas.

—Es el cadáver de lord Melvil, decía la muchedumbre, un hombre famosamente rico, inglés y un artista de primer orden.

—¡Qué sarcasmo!—exclamó el inglés, me desengañé!

Sin embargo, si el hubiera podido oír las palabras del vulgar que le calificaba de artista, hubiera resucitado.

Aquellos últimos compases de su vida debieron ser horribles.

E. DE LUSTONÓ.

La vanidad humana.

(Reves apuntes para su larga historia).

Si se admite por individualismo la fuerza que impulsa a anteponer el propio ser a los demás, llamada en nosotros sentimiento de la personalidad, en las familias honor de linaje, y en los pueblos patriotismo, hay que proclamarle como una ley a cuyo influjo cada persona, cada familia y cada pueblo propende a considerarse y ser considerada como la persona, familia, pueblo ó nación por excelencia. Faltando esa ley, que en vano tratarán de violentar las aberraciones del entendimiento humano, faltaría acaso el primordial resorte de la vida en individuos y agrupaciones.

Podrían llenarse muchos y voluminosos volúmenes, anotando las tonterías que los hombres y las naciones han dicho de sí, cuando el individualismo que los animaba degeneró en vanidad ridícula, convirtiéndose el manantial de limpias aguas en cenagosa fuente de impurezas. El cohete volador sube movido por la fuerza hasta el límite natural de su expansión, y allí estalla estrepitoso para caer deshecho en pedregales lo que fue alborozo de los aires y placer de la vista. Igual que el amor propio, la dignidad, la noble emulación, y las legítimas aspiraciones se truecan en despreciables vicios, cuando traspasan los límites de su edifi-

cia para convertirse en vanidosos alardes que mueven a risa.

Ya que no para un infolio, ni mucho menos para un artículo, si hay materia suficiente entre mis apuntes, y los doy a luz con el fin de que otros curiosos publiquen los suyos, en comprobación de que si es repugnante a la razón humana la idea de perder la personalidad, sumiéndose los seres en el gran ser, también repugna al individualismo de cada cual, el excesivo individualismo de los otros.

Luis XIV adoptó por divisa el *Nec pluribus impar*, declarándose por esta mera frase, superior al resto de los hombres.

La casa de Rochechouart, en Francia, se creía anterior al período neptuniano, en el hecho de usar este lema:

Avant que la mer fût au monde

Rochechouart avant son onde.

Aún mas vanidad que la susodicha casa francesa demuestra otra solariega de la Montaña, suponiéndose, en prioridad y valía, por delante de la creación, al decir jactanciosamente:

«Después de Dios,

la casa de Quirós.»

Tratándose de poblaciones, sabido es cuánto se ha exagerado, y como han coincidido muchas de ellas en la idea de tenerse por la mejor de las poblaciones.

Los madrileños dicen: «Desde Madrid al cielo, y desde allí un agujero para ver Madrid—Y cuenta que esto se decía ya cuando la capital de España era un lugar de mala muerte.

Los napolitanos se contentan con morir después de haber visto Nápoles (*vedere Napoli e poi morire*) y prescindir del agujero:

El que no ha visto Sevilla

no ha visto maravilla.

El que no ha visto Lisboa

no ha visto cosa boa.

Quem nunca viu Coimbra

nao sabe o que e beleza.

Coimbra, ademas, es la Atenas lusitana, como Salamanca la Atenas española, y Valencia la Atenas italiana, y Munich la Atenas alemana, y París la Atenas del globo, suponiendo que el globo es Grecia.

Milán es el París de la Península italiana, y Santiago de Galicia es la Roma de la Península española.

Acorda de lo mejor del mundo, hay dos opiniones a cual mas respetables.

La primera es la *Carpea parlante*, y milita a favor de la fuerza del sol, que es lo mejor de Madrid, que es lo mejor de España, que es lo mejor de Europa, que es lo mejor del mundo.

La segunda es un cantar del tenor siguiente:

Lo mejor del mundo Europa,

lo mejor de Europa España,

lo mejor de España Asturias,

lo mejor de Asturias Gavia.

Bien que de canciones no hay que hacer caso alguno, pues otra canción alemana dice:

No hay mas que una ciudad imperial

no hay mas que una viena en el mundo.

Y lo cierto es que hay en el mundo varias ciudades imperiales, y no solo ciudades, sino hasta zapaterías no visto yo con el rótulo *La Imperial*.

Respecto a emulaciones que se convierten ó pueden convertirse en antagonismos, alla va para muestra este botón. Los de la creencia que su pueblo vale tanto como Vilena; Vilena se las apuesta con Alcoy, Alcoy con Alicante, Alicante pretende competir con Valencia, Valencia con Barcelona, y Barcelona con Madrid; por donde libre, vale y significa tanto como Madrid, suponiendo que todos los terminos de la serie tienen razón.

Y en lo tocante a dominaciones universales, después de las efectivas, registradas por la historia, nos quedan, que yo sepa, tres que pueden llamarse nominales, a saber: una utopía, un himno y una fuga total de consonantes.

La utopía es el celeberrimo *Primado* de la Italia papista, sonado por la ardiente fantasía de un gúelfo, é impuesto, como su nombre indica, a los primos del planeta.

El himno es el *Rule, Britania*, en cuyas estrofas se glorian los ingleses de poseer el dominio del mundo.

Y la fuga de consonantes es la ambiciosa divisa de la casa de Austria, *Austria Est Imperare Orbí Universo*, basada, como se ve al comienzo de cada palabra, en las cinco letras vocales del alfabeto.

Concluyo rogando al doctor Thebussen y a cuantos le parezcan, que saquen a luz cuanto en los ricos archivos de su erudición contribuya a evidenciar la vanidad humana.

F. MOJA Y BOLIVAR.

Las estaciones.

La tierra que habitamos es un globo inmenso, aislado en el espacio, de 3.000 leguas de diámetro y 10.000 de circunferencia. Gira sobre su eje, de Occidente a Oriente, en veinticuatro horas, y colocado a una distancia del sol que poco excede de 37.000.000 de leguas, describe una órbita de 235.000.000 de leguas de perimetro, en el término de un año, con una velocidad de 643.395 leguas por día.

Ahora bien: en virtud del movimiento de rotación de la tierra sobre su eje, los puntos de su superficie van sucesivamente presentándose delante del sol, cuyos rayos los alumbran y calientan, mas no a todos de igual manera, toda vez que los situados enfrente reciben sus rayos a plomo y son fuertemente calentados é iluminados, al paso que los cercanos a los polos reciben los rayos luminosos en dirección oblicua rasando su superficie. Sabemos por experiencia que por la mañana, cuando sale el sol, ó por la tarde, cuando se pone, ni la luz ni el calor son tan vivos como al medio día, hora en que los rayos solares caen de lo alto casi verticalmente sobre nuestras cabezas. Por esta razón, al girar la tierra, los pueblos situados cerca del Ecuador atraviesan el espacio mas caldeado, y cuando lo cruzan al mediar el día, reciben los rayos mas vivos y penetrantes de calor y de luz. Así, las regiones próximas al Ecuador son las mas abastadas de la tierra. Los pueblos situados cerca de los polos no cruzan por el centro, sino por los bordes del espacio iluminado, y en su tránsito reciben muy débilmente la luz y el calor del sol; por eso en los polos y en sus cercanías está la región del frío, las comarcas heladas. Entre las abastadas regiones del Ecuador y las heladas de los polos, a uno y otro lado de aquel círculo, existen dos zonas de países templados que reciben una temperatura media por caer sobre ellos los rayos del sol mas ó menos inclinados.

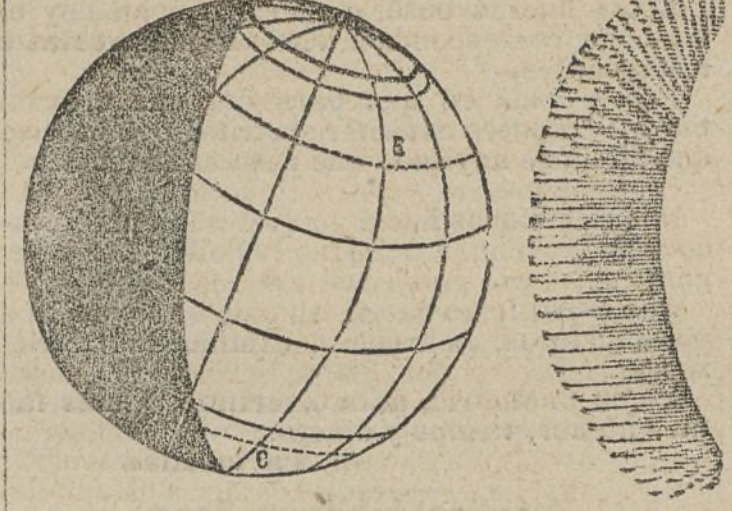
Tal es la causa de las diferencias de temperatura que producen la diversidad de clima en nuestro planeta.

Estudiamos ahora otro fenómeno notable. Si la tierra, girando alrededor del sol, no tuviese su eje de rotación inclinado con respecto a su órbita, y si perpendicular a la misma, las diversas comarcas de nuestro globo disfrutarían de una misma temperatura y no habría durante el año ni épocas frías ni calurosas, en una palabra: no existirían las estaciones. La tierra, de esta manera colocada,

presentando directamente al sol su ecuador durante su revolución anual en torno de este astro, tendría para todos sus habitantes doce horas de día y doce horas de noche, es decir, que para toda la tierra serían iguales los días y las noches. Pero no sucede así desgraciadamente: tenemos estaciones distintas, días largos en verano y días cortos en invierno, porque la tierra, al circular alrededor del sol, no camina derecha, sino de *sostayo y torpemente*, como dice Voltaire, moviéndose de nuestro globo, en una de sus importantes obras filosóficas.

Por esta dirección inclinada la tierra no se encuentra siempre en la misma postura delante del sol; y como el paralelismo, ó la dirección del eje de rotación es siempre la misma, nuestro globo en su revolución anual presenta alternativamente al sol ya el uno ya el otro polo.

Venamos lo que resulta de este hecho, que no es otra cosa que la mudanza de estaciones, y la desigualdad de los días y de las noches. Examinemos la figura adjunta que representa la tierra delante del sol en el solsticio de verano, la estación precisamente en que nos encontramos en la actualidad, y cuyo mecanismo astronómico vamos a explicar. El polo Norte se halla en este caso inclinado



hacia el sol; todo el hemisferio boreal recibe mas directamente y por mas tiempo los rayos solares, y se calienta mas por consecuencia; pero el círculo de iluminación no pasa por los polos, y no divide por igual los dos hemisferios, por cuya razón, la luz se extiende mas por el Norte y menos por el hemisferio opuesto.

Figúmonos en un punto de nuestro hemisferio, en el punto E, que representa la situación de España. Este punto, al girar el globo, pasa alternativamente del espacio oscuro al iluminado; pero la mayor parte del círculo que describe en su vuelta, del cual solo vemos la mitad en la figura, se halla inundada por la luz y la parte menor esta sumergida en la oscuridad. Aspiro en este caso gozara mas de la luz, se hallará menos tiempo en las tinieblas: tendré mas, como sucede en la estación presente, los días largos y las noches cortas; y como el día es el período de tiempo en que la tierra y el aire se templan con el calor del sol, así como la noche es el tiempo en que se enfrían, nuestro país, durante la estación de los días largos, como tiene mas tiempo para calentarse y menos para enfriarse, se irá templando mas de día en día. Hemos visto, por otra parte, que los rayos del sol nos hacen sentirnos mas directamente cuando la época de verano está en su apogeo, y que los rayos mas altos en el cielo, y arrojan sobre nosotros sus rayos mas ardientes. Por ambos motivos, la estación de los días largos es tambien la de los días calurosos, y constituye el *Estío* para todos los países situados, como el nuestro, en el hemisferio Norte. Esta estación empieza el 21 de junio.

Mas para los países que están en el otro hemisferio, ocurre precisamente lo contrario. Examinemos con este objeto la figura en el punto C, que designa el extremo Sur del África, donde está el Cabo de Buena Esperanza. La mayor parte del círculo que ese punto describe en su rotación diurna, se halla en la sombra; la menor, en la luz; para él será la época de los días cortos y de las noches largas. Durante sus días, la tierra y el aire tendrán menos tiempo para calentarse, y mas para enfriarse en el largo espacio de sus noches, que serán cada vez mas frías; pues en esta época los rayos del sol hieren mas oblicuamente esta parte de la tierra, prestándole menos calor. Cuando nosotros tenemos los días largos y la temperatura elevada, los habitantes de ese país tienen los días cortos y sufren los hielos. Así, pues, mientras que en la presente estación enjugamos el sudor de nuestras frentes y nos abruma el calor con sus rigores, la nieve cubre por allí el suelo de la tierra; para ellos, como para todos los pueblos del hemisferio Sur, es la estación del frío. Y por esta razón, cuando en esa región de nuestro planeta es verano y disfrutamos de esos días, el polo Norte, dirigido hacia el lado del frío y de la noche, se halla opuesto al sol. Entonces España al dar su vuelta diurna, emplea mas tiempo en cruzar por la sombra, y tiene los días cortos. El sol parece que se eleva menos en el cielo; sus rayos la hieren débil y oblicuamente; el suelo y el aire se enfrían durante las prolongadas noches: nos hallamos en el *Invierno*, estación triste y helada, que comienza el 21 de diciembre.

Entre estas posiciones extremas de la tierra, en los dos puntos opuestos de su órbita, existen posiciones intermedias, porque la tierra pasa de una a otra gradualmente. El 20 de marzo se igualan los días con las noches para toda la tierra; el círculo de iluminación pasa exactamente por los polos, y el sol se encuentra en frente del Ecuador: la temperatura es para nosotros mas templada que la del verano, y mas caliente que la del invierno; entonces se disfruta de la *Primavera*, de la risueña y hermosa estación de las flores. El 22 de setiembre el círculo de iluminación pasa tambien por los polos. Los días, en este caso, son como en el equinoccio de primavera, igual les a las noches, y reina agradable temperatura; pero desde este sitio de la órbita, la tierra se dirige ya a la región del invierno. Esta época es el *Otoño*, la estación para nosotros de los frutos y de las vendimias. Y como la tierra pasa por grados de una a otra de las cuatro estaciones, es evidente que desde el invierno al verano irán creciendo los días insensiblemente, y disminuyendo con lentitud desde el verano al invierno, sucediendo lo contrario para los pueblos del hemisferio Sur.

Tales son, sumaria y toscamente indicados, los fenómenos físicos y astronómicos que ocasiona la tierra con su movimiento de rotación sobre su eje, y con su movimiento de traslación en el espacio al rededor del sol, los cuales son tan útiles y provechosos para las condiciones biológicas de nuestro planeta.

J. GENARO MONTI.

París.

En medio de la monotonía de agosto, el tribunal civil del Sena es quien se ha encargado de dar pasto a la crónica con las aventuras é infortunios conyugales de Juana Lilienthal, en otro tiempo princesa Wittgenstein.

La situación de esta señora no puede ser mas original. Hija de un banquero israelita de Colonia, enamoróse en 1868 de un oficial prusiano, Sagre-Wittgenstein-Berlebourg.

Ocurriosele la idea de contraer matrimonio. —El caso es—dijo el oficial—que yo además de pertenecer al ejército, soy príncipe y es seguro que el Rey no me dará su permiso.

—El caso es—dijo Juana—que yo soy judía, y mi padre no me dejará casarme con un protestante.

—¿Qué hacer! exclamaban los dos enamorados.

—Yo, por mi, murmuró ella de pronto, maldito el inconveniente que tengo en echar mi religión por la ventana.

—Entonces yo tambien estoy dispuesto a mandar a paseo al rey de Prusia.

Para obviar dificultades, toman el tren, se van a una ciudad de Hungría, Eudenburg,

donde no hay registro civil, y se casan secretamente.

El príncipe un día se cansó de las caricias de Juana; entabla en Berlín una demanda de nulidad del matrimonio; Juana se defiende valerosamente; abogados, procuradores, etc., etc., de una parte y otra, se ponen en movimiento; la princesa, entre tanto, se traslada a París y establece su domicilio en el número 124 de la Avenida de los Campos Eliseos; es bellísima, es rubia, tiene veintiseis años y no tarda en crearse una verdadera corte de apasionados adoradores; mientras en Berlín los curiales suben y bajan escaleras, emborronan papel y desgastan tiradores de campanillas, Juana, en París, hace una vida dichosa. No hay mas que un París para saber mimar a la mujer bonita.

Como los procedimientos de nulidad del matrimonio amenazan ser eternos, el mismo rey de Prusia interviene, y Juana, al fin, consiente en la nulidad mediante una renta de 35.000 francos anuales.

Entre los mas asiduos concurrentes del número 124 de la Avenida de los Campos Eliseos, destaca el doctor Ullmann, católico, abogado de Buda-Pesth, de quien se dice que es millonario. La ex-princesa se enamora de él. Deciden casarse y surge la dificultad de que Juana es protestante, pues abrazó esa religión con objeto de celebrar su matrimonio con el príncipe Wittgenstein.

—Pero para Juana Lilienthal no existen dificultades, y exclama con naturalidad:

—Ningún inconveniente tengo en hacerme católica.

Casase y esta union dura apenas un año. Enabla el doctor Ullmann una demanda de nulidad de matrimonio, fundándose en que ignoraba la existencia del primer marido de su esposa, y mientras la infortunada Juana se ocupa en expedir curiales al doctor, éste se consuela de sus amarguras viajando en compañía de una cantante ligera.

No veo para Juana Lilienthal otro camino que el de abrazar una nueva religión y casarse por tercera vez: es hermosa, tiene treinta años y 35.000 francos de renta; una mujer como ella no debe apartarse mientras haya en el mundo unas cuantas docenas de religiones dominantes.

En 1564 existía entre la muralla occidental de París, el Sena y el faubourg Saint-Honore, un paraje llamado *les Tulleries* (los teares); una señora, María Brignonet, que había heredado de su marido una pequeña parte de aquel terreno, construyó un pabellón; alrededor del pabellón hizo un jardín, y desde allí se recreaba mirando correr el Sena. Poco después, Catalina de Médicis compró aquella propiedad a los herederos de María Brignonet, y empezó a levantar un palacio. En su edificación han tomado parte todos los grandes arquitectos y artistas del Renacimiento, comenzando Filiberto de Lorme. Luego han inscrito en sus nombres Juan Bullant, Pedro Lescot, Cerceau, Lemercier, Coypel, Valot, Lebrun y Visconti. Enrique IV dió un poderoso impulso a la obra gigantesca, proponiéndose unir las Tulleries al palacio del Louvre; Luis XIV, Napoleón I y la Convención continuaron con ardor la obra que Napoleón III vino a acabar mas tarde. Hace ocho años los comuneros hicieron arder la fachada que mira a la plaza de la Concordia, después de cuyo incendio apenas quedaron en pie las columnas de jaspe colocadas por Filiberto de Lorme hace trescientos años. Al ir a abrirse la Exposición universal de 1878, varios diputados proponían la demolición ó reconstrucción de dicha fachada, y los conservadores se opusieron enérgicamente a ello, gritando:

—¡No! ¡que permanezcan así esas ruinas! ¡asi verá el mundo entero lo que ha hecho la demagogia!

Es lo mismo que si mañana un gobierno liberal en España se complaciese en exponer al público una legión hambrienta de rentistas y de maestros de escuela, y contestase a todo el que intercediera por ellos:

—¡Que sigan así! ¡que vea el mundo lo que han hecho los conservadores!

Uno de los que mas contribuyeron a embellecer los jardines de las Tulleries fué Robespierre. El sol llenó de flores por todas partes; é ordenó la plantación de casi todos los árboles que hoy subsisten y a él se le deben los bancos de mármol que se ven en la parte mas próxima al palacio. Luego Dussaulx propuso que dichos jardines se cultivasen de algo útil para las necesidades del pueblo, y una mañana aparecieron sembrados de patatas.

Pocos días hace, las negras ruinas que afean estos jardines han sido condenadas a desaparecer. El cesped va a brotar en aquel sitio en que los conservadores han sembrado tantas esperanzas.

Un eco del mundo que se va: Esther Guimont acaba de morir; ha sido una de las mas célebres cortesanas de la época presente; en ella se inspiró Dumas, hijo, para escribir su come dia *Le Demi-Monde*, obra que vino a dar nombre a una clase social que en Francia sobre todo, no deja de ser importante. Esther Guimont está magistralmente retratada en dicha comedia bajo el nombre de la baronesa Susana d'Auge.

Cuando el estreno se verificó, Esther Guimont hallábase ya bastante olvidada; pero al ser reconocida por el público en el personaje de Dumas, volvió a obtener un segundo período de apogeo que ha durado hasta su muerte.

Ha muerto rica, estimada y con los cabellos blancos, en su pequeño hotel de la calle Cha-teaubriand, junto al arco de la Estrella.

Su fama llegó a competir con la de Cora Pearl.

Era una influencia poderosa dentro del partido legitimista.

Hasta en sus últimos instantes ha conservado el buen humor que la caracterizaba.

—¿Qué tienes, querida mía? decía la vispera de su muerte una amiga que había acudido a verla al tener noticia de su estado.

—Tengo una fiebre complicada de médicos!

contestó la pobre Guimont.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

París 7 de agosto 1879.

Imp. de El LIBERAL, á cargo de L. Polo, Almadena, 2.